



Son tiempos de acción en Oaxaca, en México, en el mundo. Por eso mismo, son tiempos de reflexión. Es preciso pensar con cuidado y rigor lo que hay que hacer... Hemos presenciado una épica lucha durante un buen tiempo, y hasta en ocasiones nos parece la victoria indecisa. Al fin, un parteaguas unánime, al que concurren los que parecían indiferentes. Sabemos ya dos cosas centrales: Una, que para librar esta lucha se requiere de la construcción de un movimiento sociopolítico autónomo e independiente. La otra, que desde arriba no hay solución de fondo, ni para los problemas económicos y sociales que aquejan al pueblo de México, ni tampoco frente al secuestro que la clase política ha ejercido en contra de la participación y organización del pueblo. Al tiempo de reconocer el carácter singular y único de este movimiento, es útil echar una mirada a experiencias históricas que parecen relevantes, de las cuales se pueden derivar lecciones importantes.

El movimiento que se expresa en la creación y funcionamiento de la Asamblea Popular de los Pueblos Oaxaqueños es una manifestación de la creatividad, la valentía, la capacidad de organización y la imaginación tanto sociológica como política de los pueblos de Oaxaca. No tiene precedentes históricos claros. No puede trazarse analogía explícita con otras iniciativas y movimientos en México y en otras partes del mundo. Como es obvio, no nació en el vacío. Es la continuación de un largo proceso de acumulación de fuerzas y de experiencias autonómicas en Oaxaca, al igual que en otras partes de México y en el mundo, pero se ha producido bajo circunstancias excepcionales y refleja una forma extraordinaria de respuesta popular.

Las diferencias son enteramente evidentes, desde el primer renglón. Sin embargo, las convergencias también lo son. El pueblo, hombres y mujeres ordinarios de extracción popular, se ocuparon de pronto de ejercer las funciones de gobierno sin abandonar sus actividades normales, sin haberse creado un nuevo grupo de funcionarios profesionales y de burócratas que sustituyan a los anteriores en su acción. Son personas que se ocupan de sí mismas, basándose en su propia experiencia, en la aplicación práctica del sentido común—el sentido que se tiene en comunidad— y de la sabiduría

popular—la que atesora tradiciones de siglos—. No es un poder despótico para gobernar a la gente, es decir, para dominarla y controlarla; es el ejercicio de la dignidad y la libertad, para organizar la resistencia y coordinar los empeños colectivos.

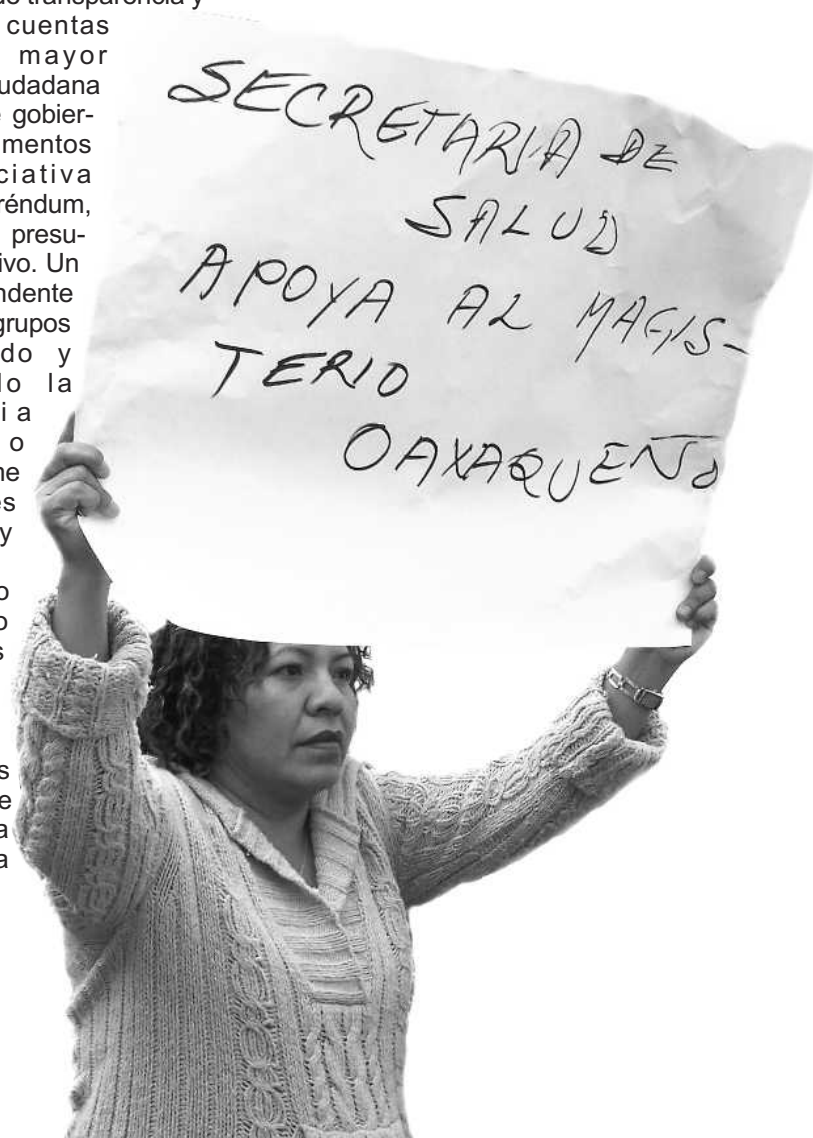
En estos tiempos se habla de democracia representativa, aunque se represente en abstracto; de democracia ciudadana, aunque se vuelva a la cuantificación; de democracia participativa, aunque las grandes mayorías no participan. Es digno de subrayar que incluso a nivel mundial las mayorías no participan de los procesos democráticos, lográndose en el mejor de los casos un 50% de participación. Esto significa que en el corazón de la misma democracia, como está actualmente planteada, se encuentran los obstáculos para una verdadera participación. La democracia finca para sí misma un régimen jurídico que le sitúa candados a la participación popular. Integra camisas de fuerza que no permiten a cualquiera el acceso a las decisiones.

Hay tres luchas democráticas diferentes, que confluyen en la que ahora ciertos grupos buscan enriquecer: la democracia formal, cuyos vicios son ampliamente reconocidos en Oaxaca. La gente está harta de las manipulaciones. Quienes desean seguir usando la trinchera electoral la quieren limpia y eficaz. Otros grupos buscan profundizar la democracia participativa. Además de transparencia y rendición de cuentas quieren una mayor participación ciudadana en la gestión de gobierno, con instrumentos como la iniciativa popular, el referéndum, el plebiscito y el presupuesto participativo. Un número sorprendente de personas y grupos está ampliando y profundizando la democracia autónoma o radical, conforme a concepciones políticas muy diferentes.

En cuatro de cada cinco municipios oaxaqueños, la gente ejerce su autonomía y sus propias formas diferenciadas de gobierno; lo ha hecho siempre, a

Repensar la DEMOCRACIA

Kiado Cruz





contrapelo de los poderes opresivos de la Corona Española o el Estado Mexicano. Aunque la práctica fue reconocida por la ley desde 1995, se mantiene bajo tensión y acoso constantes. Se trata ahora de invertir la situación: mantener bajo tensión y acoso al gobierno estatal y federal, someterlo a vigilancia y control ciudadanos. Se busca ampliar, profundizar y extender el ejercicio autónomo, pasando del plano comunitario y municipal al de grupos de municipios vecinos y al plano regional, para que la gestión en todo el estado esté fincada en la autonomía. Apela a la imaginación sociológica y política, pero se basa sobre todo en la experiencia acumulada de las autonomías de hecho y de derecho. La gente no está esperando la inevitable salida de Ulises Ruiz para realizar estos cambios. Los está poniendo en práctica en diversas partes del estado: en Autonomías comunitarias, de barrio, municipales, regionales, sectoriales... En Oaxaca desaparecieron los poderes malamente constituidos, aunque el Senado lo siga ignorando, mientras la gente asume el nuevo estado de cosas y rechaza cotidianamente el autoritarismo de los restos del viejo régimen. No se ha podido organizar su funeral, por lo que del cadáver siguen emanando todo género de pestes, pero cruje ya el cascarón de su vacío. Está bien muerto.

Resulta obvio que si el quehacer político se diseña, se norma desde un contexto individual, de competencia, de número, de cantidad, de alta densidad demográfica, el resultado obtenido responderá a esos patrones de pensamiento. Al no distinguirse, entenderse y comprenderse la comunalidad que tenemos, recibimos y ejercitamos todos en el plano individual, pareciera que no tenemos o alcanzamos la capacidad para apreciar la comunalidad natural que se desarrolla en ámbitos no urbanos, incluso urbanos, colonialmente designados pueblos indígenas.

Todo eso se traslada a la comprensión de lo político actual. Por todo esto, la comunalidad pareciera ser un modelo condenado a la desaparición. En el estado de Oaxaca, por ejemplo, se ha logrado el reconocimiento de sistemas

normativos internos, denominados de usos y costumbres, un modelo de acción política que permite a la sociedad civil acceder de manera permanente a la representación política, es decir, se nombra a las autoridades sin la necesidad o requerimiento de un derecho político, sin la necesidad de entenderla como derecho político sino por lo contrario como la obligación del representar sin volver esto en un oficio o manera de vivir. Es un derecho representar, pero fundamentalmente es una obligación no remunerada, dentro de un proceso de participación que observa y reconoce la calidad de la persona, calificada por su capacidad, por su obediencia, por su responsabilidad. Es cierto, esto se da en comunidades pequeñas, pero a fin de cuentas es un modelo político con calidad en la participación. La comunalidad no se sustenta en las capacidades de discurso, en los afectos de grupo, o en la comunión de ideas; se fundamenta en la acción diaria, en la obligada participación de todos a través de una asamblea que no es título o membrete, sino una realidad asociativa integradora de la diversidad, en donde se practica el consenso no la mayoría, o sea donde se respeta la calidad y la profundidad, y no la cantidad superficial. Aquí la elite desaparece, los letrados no están por delante, el oficio es inexistente.

Cuando se quiere atacar a la comunalidad se habla inmediatamente de caciques y se da por obvia la ignorancia que permite el control de estas sociedades pequeñas. No se dice o es muy raro que se diga, que la democracia en la ciudad tenga caciques de horca y cuchillo, quizás porque tienen saco y corbata, y ostentan un título universitario. Tampoco podemos negar que la comunalidad tiene momentos de flaqueza, pero está ahí, como un modelo que da satisfacción a los que la ejercitan. Como todo modelo, también puede generar insatisfacción, tener sus inconsistencias, pero a fin de cuentas, donde sea que se practique, es la sociedad en su conjunto, incluyendo a sus diversidades, quien encuentra la salida a los problemas. Y si la comunalidad (usos y costumbres), ha estado ahí por siempre, quiere decir que puede ser un modelo para la sociedad en su conjunto, con sus adecuaciones... Estamos preparados para eso: no vivimos en un mundo de lo imaginario. Pero aprendemos también a esperar lo mejor. Lo hemos vislumbrado ya en el espejo que todos somos, porque la actitud ante la libertad define hoy las posiciones políticas de la gente.

